

DEL HOLOCAUSTO A «HOLOCAUSTO»  
O CÓMO DESHACERSE DE ELLO

*Este texto es un informe previo, redactado en el transcurso de la preparación de mi película Shoah para aquellos que, por entonces, financiaban mi trabajo. Apareció en 1977 en Les Temps Modernes, y se publicó posteriormente en Au sujet de Shoah.*

**A**L TERMINAR LA GUERRA, la masiva revelación del genocidio cometido contra el pueblo judío —y el modo en que fue perpetrado— sume en el estupor al mundo occidental. Infectadas hasta la médula por el veneno antisemita —y porque se saben casi todas culpables en grados diversos—, las naciones europeas comprenden y reconocen de inmediato, en una fulgurante e inmediata evidencia, el carácter único y exorbitante del crimen.

Lo que provoca ese silencio aterrado no es que los judíos, una vez más, fueran las víctimas escogidas, porque en esa materia las naciones de Europa tienen sus costumbres y el Holocausto no hubiera sido posible sin los veinte siglos de persecuciones y odio antijudío que, en todas partes, preparó el terreno. No, el estupor nace del insostenible descubrimiento de que el antisemitismo —bien común y pasión compartida por las naciones— pudo llegar a semejante extremo, desembocar en una hecatombe sin precedentes en la historia de la Humanidad. Las cosas fueron demasiado lejos: si el antisemitismo condujo a Auschwitz, si la pasión antijudía tiene Auschwitz como resultado, es necesario que el antisemitismo sea proscrito para siempre, se vuelva algo imposible: el sentimiento que dominaba entonces era que el pueblo judío había pagado el precio más alto, para siempre y

de una vez por todas. Parece como si el Holocausto fundara *in aeternum* la imposibilidad teórica del antisemitismo.

A través de la masacre organizada, planificada, burocrática de seis millones de judíos —empresa paciente, de larga duración, llevada a cabo sin ira en nombre de imperativos ideológicos expuestos y proclamados públicamente—, el género humano toma la medida vertiginosa de su potencial criminal dirigido contra él mismo. Es el género humano, como tal, el que se ve afectado en lo más hondo por el monstruoso crimen perpetrado contra el pueblo judío.

Porque, en efecto, en sentido estricto se trata de un crimen contra la esencia humana, de un crimen metafísico cometido contra el Ser mismo del Hombre en la persona de cada judío asesinado. De nuevo —y por última vez, se cree— el pueblo judío ha cumplido con su papel de pueblo testigo. El grito que alcanzará el fin del mundo desde el cielo de Auschwitz y Treblinka da fe del límite infranqueable de inhumanidad que es capaz de alcanzar la humanidad. Auschwitz y Treblinka no tienen con qué ser comparados, jamás tendrán con qué serlo. Nadie se equivoca entonces, nadie tiene la obscena audacia de negar al Holocausto su especificidad, su carácter único, diluyéndolo, sumergiéndolo en el problema del Mal universal, subsumiéndolo en las categorías generales de «horrores de la guerra», por ejemplo, o de «víctimas del fascismo». A pesar de los millones de muertos de ambos campos, a pesar de lo aterrador de Hiroshima o Dresde, se sabe que los seis millones de judíos asesinados no son unas víctimas como las demás: este crimen desorbitado es de otra naturaleza, de otra calidad, es un crimen sin nombre que los propios asesinos nazis no osaban nombrar, como si al hacerlo lo hubieran vuelto imposible: es, literalmente, un crimen innombrable.

Decir que el Holocausto es único y que no es comparable a nada no implica que no se haya de considerar como un fenómeno aberrante que escaparía a cualquier análisis intelectual o concep-

tual, que caería fuera de la Historia, al que hubiera de negársele el carácter de acontecimiento histórico. Al contrario, consideramos que el Holocausto es un acontecimiento histórico por completo, el producto monstruoso ciertamente, pero legítimo, de toda la historia del mundo occidental.

La responsabilidad y la culpabilidad de la mayoría de las naciones son demasiado graves, los remordimientos y la vergüenza demasiado grandes, el crimen demasiado imponente: el Holocausto pesa sobre el mundo moderno como un voluminoso e inmensamente indigesto patrimonio. Pasada la aceptación aterrada del hecho brutal del exterminio, en los años inmediatos a la Segunda Guerra Mundial, pasado el reconocimiento del carácter inconmensurable del crimen, la tendencia general no ha dejado de invertirse. En una muy amplia medida, el Holocausto no ha sido absorbido como un acontecimiento histórico específico. Y cabe dudar de que llegue a serlo nunca.

Treinta años después de la catástrofe, asistimos a un extraordinario fenómeno de rechazo. La «luna de miel» entre el pueblo judío y el mundo ha terminado definitivamente y medimos nuestras ilusiones: el antisemitismo, cual fénix indestructible, renace de sus cenizas un poco por todas partes bajo las antiguas máscaras —más moderna y «democrática»— del antisionismo. En cuanto al Holocausto, la voz de mando parece ser: «¿Cómo deshacernos de él?»

Tanto en el Este como en el Oeste, a derecha como a izquierda, se buscan modos de librarse de él a cualquier precio y por cualquier medio, modos de olvidarlo sin haberlo comprendido nunca, de falsificarlo, de negarlo. El renacimiento del antisemitismo y el rechazo del Holocausto están ligados dialécticamente. El antisemitismo, que en última instancia persigue la muerte del judío, necesita negar que haya existido el exterminio para poder tener el campo libre y conseguir una nueva carta de naturaleza para volver a tener autorización y matar de nuevo.

A este respecto, no es del todo cierto que el éxito del folletín norteamericano —titulado precisamente *Holocausto*— haya de ser considerado signo de una toma de conciencia.

El repentino descubrimiento del martirologio judío por parte de un público inmenso y la unanimidad de la compasión quizá sean la última treta de una Historia que se deshace de la singularidad del Holocausto en el momento mismo en que pretende representarla. El tratamiento y los medios utilizados son eminentemente sospechosos: la familia judía con la que, se dice, se han identificado millones de norteamericanos y alemanes fue elegida de tal modo que esa identificación fuera posible. Y como eso era lo esencial, resultaba necesario que las víctimas judías no se diferenciaron en nada de los futuros espectadores, e incluso de los verdugos; de modo que para hacer surgir la «humanidad» de esos judíos, para volverla sensible, se borró todo lo que pudiera diferenciarlos, se hizo desaparecer todo rasgo de alteridad (se trata de una familia judía «asimilada», la mayor parte de los actores tampoco eran judíos). Pero es lo contrario lo que hubiera sido justo: la humanidad de las víctimas hubiera debido sernos expuesta de forma tanto más evidente y tanto más profunda cuanto más diferentes nos hubieran parecido al principio.

¿Los telespectadores del mundo se hubieran identificado tan fácilmente con los judíos de Polonia, Ucrania o Bielorrusia, con sus vestidos, sus tradiciones, sus particularismos, sus rarezas?

Ni siquiera en las cámaras de gas (se necesita tener un estómago de hierro para atreverse a representar lo que pasaba en su interior: ninguno de quienes entraron en ellas ha regresado para contárnoslo) pierden su «humanidad» los héroes norteamericanos. Esperan la muerte graves y dignos, como si fuera de buen tono hacerlo así. Sucedió, en la realidad, de forma diferente; tras años de aislamiento en guetos, de terror, de humillación y de hambre, aquellos que en filas de a cinco, empujados por los látigos y las porras, se

atropellaban para entrar en las cámaras de la muerte no tenían ni el tiempo ni la sangre fría de morir con nobleza. Representar lo que realmente sucedió hubiera sido, efectivamente, insoportable y no hubiera permitido jamás una consoladora identificación. Pero se trata de ficción, es decir, en este caso —pues esa realidad plantea a toda ficción el desafío de dar cuenta de ella misma— de una mentira fundamental, de un crimen moral, de un asesinato de la memoria. En primer lugar el Holocausto es único porque construye a su alrededor, con un círculo de fuego, el límite que no se ha de franquear porque un cierto horror absoluto resulta imposible de transmitir; sin embargo, pretende hacerlo y volverse culpable de la más grave de las transgresiones. Hay que hablar y guardar silencio a la vez, saber que en este caso el silencio es el modo más auténtico de la palabra, como en el ojo del huracán, mantener una región protegida, preservada, a la que nadie debería acceder jamás. Transgredir o trivializar, en este caso es lo mismo: el folletín hollywoodiense transgrede porque trivializa, aboliendo así el carácter único del Holocausto, lo que tiene de incomparable y de lo cual ya hemos hablado, lo que en sí es el peor de todos los crímenes cometidos y por cometer.

Añado —y es algo capital— que para mí existe una especificidad absoluta del antisemitismo, que en modo alguno se puede reducir a los conflictos de orden político o racial tomados en general. El antisemitismo es muy diferente y mucho más que una simple figura particular del racismo. De igual modo —y esto está ligado a eso— que el destino y la historia del pueblo judío no pueden compararse con los de ningún otro pueblo, pues el carácter cíclico de la persecución y el odio antijudíos (de los máximos seguidos de mínimos, de las esperanzas siempre traicionadas), la duración, la constancia de la persecución, el poder y la amplitud de ese odio, con todas las creaciones míticas y fantásticas que no deja de suscitar, hacen del antisemitismo un fenómeno único y vuelven

irrisorios los intentos de reducción que se prueban periódicamente. Las prodigiosas ganas de vivir del pueblo judío explican la constancia de este incremento del odio antisemita hasta su máximo final, el Holocausto. Raul Hilberg lo resumió en una frase seca y magnífica: «Los misioneros de la cristiandad dijeron: “En tanto que judíos no tenéis derecho a vivir entre nosotros”. Los jefes seculares venidos a continuación proclamaron: “No tenéis derecho a vivir entre nosotros”. Los nazis alemanes decretaron al fin: “No tenéis derecho a vivir”».

A aquellos que ahora consideran el Holocausto como una anomalía, como una aberración tan perfecta que escaparía a cualquier posibilidad de aprehensión e interpretación históricas, la cita de Hilberg les aporta una primera respuesta. Aquí van otras:

Para empezar —y caso de que haya aberración— las víctimas fueron los judíos. De modo que la aberración se encuentra en el corazón mismo de su propia historia, está allí como *el acto fundador* y se les perdonará que quieran encontrarle un sentido. Doce años de persecución metódica, de un lento proceso de destrucción realizado a la vista y con el conocimiento de todos, cuyo resultado fue la aniquilación de una tercera parte de su pueblo, permite al menos que se pregunten por aquello que hizo posible la anomalía.

Pero, en esencia, hoy día la teoría de la aberración intenta hacer desaparecer la idea misma de la *responsabilidad política*, la de Alemania y la de las naciones. Ahora bien, el exterminio de los judíos no fue cosa de un puñado de dementes. En lo que concierne a Alemania, el proceso de destrucción sólo pudo conseguirse partiendo de la base de un consenso general de la nación alemana. La aniquilación de seis millones de judíos fue una tarea de una dificultad y una complicación extremas, que planteó a los asesinos inmensos y múltiples problemas: para llevarla a buen puerto fue necesaria la participación activa y paciente de la totalidad del aparato administrativo de un gran Estado moderno.

Por otra parte, Alemania se apoyó en la existencia de un mundo agresivamente antisemita: Polonia, Hungría, Rumanía, la URSS —por no citar más que algunos países— eran antisemitas. El famoso Plan Madagascar fue primero una idea polaca (comisión Lepecki, 1936) y Georges Bonnet, ministro francés de Asuntos Extranjeros, debatía tranquilamente sobre el mismo con Von Ribbentrop. Fue Rothmund, jefe de la policía suiza, el primer responsable —a partir de 1938— de que para los refugiados judíos alemanes fuera obligatorio tener sus pasaportes marcados con la letra «J». Cuando condenaba judíos, Hitler no hablaba una lengua extranjera, él «comunicaba», era comprendido y se sabía comprendido; basta con ver sus reflexiones tras el fracaso de la conferencia de Évian, el Plan Rublee-Schacht o las entradas del diario de Goebbels en 1942-1943: «Estoy convencido de que en el fondo las democracias no ven con disgusto que nos deshagamos de la “mierda judía” (*Judische Riff-Raff*)».

Si las democracias se hubieran opuesto activamente a la persecución o —lo que viene a ser lo mismo— si hubieran abierto sus puertas a los judíos, si hubieran dicho: «¿No los queréis? De acuerdo, nos los quedamos nosotros», el Holocausto no habría tenido lugar o, cuando menos, no hubiera alcanzado nunca semejantes dimensiones. El Holocausto fue posible, en primer lugar, porque las naciones se lavaron las manos ante la persecución de los judíos, *dejaron solos a los nazis con el «problema»*. Estas son las *responsabilidades históricas* que podemos seguir, caso a caso y etapa por etapa, hasta el escandaloso fracaso del salvamento de los judíos de Hungría: «¿Qué iba hacer yo con un millón de judíos?», se preguntaba lord Moyne, alto comisario británico en Egipto.

Hemos de agarrar fuerte los dos extremos de la cadena: *el Holocausto es único, pero no aberrante*. No es obra de un grupo de criminales irresponsables atípicos, al contrario, ha de ser considerado como la expresión de las tendencias más profundas de la civilización occidental. Todos estaban fundamentalmente de acuerdo en matar

a aquellos *para quienes no había sitio*.

Además, hoy día, la teoría del Holocausto como fenómeno aberrante permite una reapreciación, una reevaluación del nazismo, autoriza al fin a Alemania a reintegrar a su historia el eslabón que le faltaba. Durante treinta años, incapaz de afrontar el Holocausto, Alemania tomó la decisión de hacer como si el nazismo no hubiera existido. No se hablaba de él. Saciada y rica, Alemania carecía también de pasado, sus jóvenes —los que hoy tienen entre treinta y cuarenta años— eran zombis. Este púdico silencio de la gran masa alemana tenía al menos un mérito: el de admitir implícitamente *la centralidad absoluta de la cuestión judía en la ideología y la práctica nazis*, de reconocer que la destrucción de los judíos fue el corazón mismo del nazismo, que *el Holocausto era el acontecimiento del nazismo*.

Ahora todo ha cambiado: el tiempo ha hecho su obra y han llegado nuevas generaciones alemanas que no poseen ningún motivo para no querer unirse a su historia, una historia que jamás se les enseñó. Además, el pueblo judío ha sobrevivido, está más vivo y presente que nunca; por último, y sobre todo, el Estado de Israel existe y ejerce a su vez la violencia. Por medio y a través de su Estado, los judíos se han dotado de los medios de la violencia institucionalizada. También los judíos matan, maravillosa y liberadora evidencia («¿Y si los mismos judíos fueran nazis?») que libera de la antigua culpabilidad, permite reescribir la historia de Alemania reintegrándole el nazismo y —sin negar por completo el Holocausto— hacer de él un fenómeno secundario, desprovisto de importancia: Auschwitz es virtualmente suprimido. Tal es la tendencia actual de los historiadores alemanes, incluso los reputados como serios, tal es el sentido de las películas que se proyectan en Europa. El fulgurante éxito que tuvo incluso en Alemania la película de Joachim Fest, *Hitler, una carrera*, no tiene otro origen: se exaltan, por fin se tiene libertad para exaltar los «aspectos positivos»

de Hitler, el hombre, y de la obra que consiguió. El Holocausto, de todos modos, es enviado muy al último plano: es el lado malo de un hombre y un período histórico que por otra parte tuvo algunos momentos excelentes. En modo alguno está del todo claro que el balance tienda hacia lo negativo, como mínimo puede considerarse equilibrado.

El odio antijudío se convierte en algo así como una simple *aberración* del carácter personal de Hitler. «Es cierto, no le gustaban los judíos y exageró». ¿La aberración se encuentra entonces en la aversión misma o en la exageración de esa aversión, en el antisemitismo o en los «excesos» del antisemitismo? De todos modos, la cuestión está zanjada ya, y hasta entonces desterrado, condenado a una existencia subterránea, el antisemitismo puede salir de nuevo a la luz —justificado, basado en el ser mismo del judío— con sus rasgos más clásicos: así, la película de Daniel Schmid y R. W. Fassbinder, *El hombre de los ángeles*, retoma por su cuenta con una asombrosa inocencia, y como si los reinventara, todos los estereotipos de la temática antisemita nazi.

Y aquí es donde nos encontramos después de treinta años. La cuestión no es: «¿Cómo fue posible el Holocausto?», sino «¿Cómo es posible que, treinta años después del Holocausto, nos encontremos aquí?»

Entre el olvido, el rechazo y la negación del Holocausto por un lado y las condiciones que lo hicieron posible por el otro, se establece un paralelismo trágico: del mismo modo que los judíos fueron asesinados en la más desgarradora de las soledades, en un absoluto abandono sin que sus llamadas fueran nunca escuchadas —puesto que, al fin y al cabo, la muerte de los judíos no era más que un fenómeno sin importancia en lo que respecta a la gran Historia—, la memoria de ese crimen contra la humanidad que fue el Holocausto, en vez de ser el deber, la misión, el depósito sagrado de la humanidad al completo, no tardará en ser nada más que nuestra

incansable repetición. Del mismo modo que los nuestros fueron abandonados a su suerte ante sus exterminadores, nos quedaremos solos con la herida abierta de un crimen inconmensurable.

Para nosotros, como escribe el filósofo Emil Fackenheim, «los judíos europeos asesinados no pertenecen sólo al pasado, son *la presencia de una ausencia*». Lo que significa que nos han engendrado y nos hacen cada día, que hemos nacido de ellos y que nunca terminaremos de nacer y renacer de ellos, que los israelíes y los judíos de la Diáspora estamos anclados al (y dentro del) Holocausto, cuyas consecuencias e implicaciones, lejos de desaparecer con el tiempo, para nosotros no dejan de desvelarse y profundizarse. La destrucción de seis millones de los nuestros —*intento de aniquilar a todo el pueblo*— modificó de forma radical el universo judío, la percepción que los judíos tienen de sí mismos y de su actitud ante los demás. Se pretende que la rigidez de Israel —tan deplorada— se encuentra en la raíz de su aislamiento, cuando la rigidez de la política israelí procede precisamente de que Israel es el único garante —absolutamente único— de ese «nunca jamás», juramento sagrado al que tras Auschwitz creíamos que se unirían todas las naciones.

Hasta ahora, todas las obras cinematográficas que han querido tratar el Holocausto han intentado generarlo mediante el punto de vista de la Historia y la cronología: se empieza en 1933, con la subida de los nazis al poder —e incluso antes—, exponiendo las diversas corrientes del antisemitismo alemán durante el siglo XIX (ideología volkista, formación de la conciencia nacional alemana, etc.) y se intenta llegar, año tras año, etapa tras etapa, casi armoniosamente por así decir, hasta el exterminio. Como si el exterminio de seis millones de hombres, mujeres y niños, como si semejante masacre en masa pudiera engendrarse.

La destrucción de seis millones de judíos tiene, resulta evidente, razones y explicaciones: el carácter de Adolfo Hitler, su relación con el judío considerado el «mal padre», la derrota de 1918, el paro, la

inflación, las raíces religiosas del antisemitismo, la función de los judíos en la sociedad, la imagen del judío, el adoctrinamiento de la juventud alemana, el rapto de toda Alemania por parte de ese violador encantador que era Adolfo Hitler, la disciplina germánica, el espíritu judío considerado como el negativo absoluto del espíritu alemán, etc. Todos esos campos explicativos (psicoanalítico, sociológico, económico, religioso, etc.), tomados uno a uno o en conjunto, son a la vez verdaderos y falsos, es decir, completamente insatisfactorios: si fueron la condición necesaria para el exterminio, no fueron la condición suficiente, la destrucción de los judíos europeos no puede *deducirse* lógica o matemáticamente de ese sistema de premisas. Entre las condiciones que permitieron el exterminio y el exterminio mismo —el *hecho* del exterminio— hay una solución de continuidad, hay un hiato, hay un salto, un abismo. El exterminio no se engendra y, en cierto modo, querer hacerlo significa negar su realidad, negar el surgimiento de su violencia, significa querer vestir la implacable desnudez de ésta, vestirla y por lo tanto negarse a verla, mirarla a la cara en lo que tiene de más árida e incomparable. En una palabra, significa debilitarla. Todo discurso que intente engendrar violencia es un sueño absurdo de no violento.

Hemos de partir de la violencia desnuda, y no, como se hace siempre, de los fuegos de campamento, los cantos y las cabezas rubias de la *Hitlerjugend*. Ni siquiera de las masas alemanas fanatizadas, de los *Heil Hitler!* y de los millones de brazos alzados. Tampoco de las medidas antijudías que, a partir de 1933, fueron poco a poco volviendo imposible la vida de los judíos alemanes, ni de la *Kristallnacht*: el relato cronológico que comenzara en el boicot de abril de 1933 para desembocar *de forma natural* en la entrada en las cámaras de gas de Auschwitz o Treblinka no sería falso propiamente hablando, sería tristemente plano y unidimensional. Ahora bien, se trata de una obra de arte, de otra lógica, de otro modo de relatar: si, por ejemplo, queremos que el corazón del espectador se conmueva ante el escándalo de la conferencia de Évian,

no es necesario que Évian aparezca en el lugar cronológico que le corresponde en el desarrollo de los doce años de nazismo, al contrario, hay que comenzar por el final, por esa noche del 7 de diciembre de 1941 en que los novecientos judíos de la pequeña ciudad de Kolo, en el condado de Konin (vaivoda de Lodz), tuvieron el privilegio de ser los primeros gaseados de la Solución Final en los bosques de Ruzow. En mi película la Solución Final no debe ser el punto de llegada del relato, sino el punto de partida. El escándalo Évian sólo tendrá toda su fuerza si los camiones de gas ya están en marcha y si el espectador ha quedado atrapado por el vértigo de la aceleración de la Historia: entre Évian y los primeros gaseos de judíos del Wartheland *sólo transcurrieron tres años*.

La retórica florida de los delegados de Iberoamérica en la Conferencia, la ordinaria hipocresía de los representantes británico o norteamericano sólo se vuelven mortales enfrentadas a la realidad del exterminio, al exterminio que está sucediendo. Para que haya una tragedia es necesario que se conozca el final, que la muerte esté presente en el origen mismo del relato, que escanda todos los episodios de éste, que sea la medida única de las palabras, los silencios, las acciones, las negativas a actuar. El relato cronológico, dado que no es sino una mera sucesión plana de un antes y un después, es anti-trágico por esencia y la muerte, cuando sucede, lo hace siempre a su hora, es decir, como no violencia y sin escándalo. Los seis millones de judíos asesinados no murieron a su hora y por eso cualquier obra que quiera hoy día hacer justicia al Holocausto debe tener como principio básico romper con la cronología. El suspense de la investigación propiamente dicha —siendo las dificultades y las posibilidades de ésta parte integrante de la película— vendrá acompañado de otro suspense que he llamado «histórico» y que nacerá siempre de la confrontación entre un momento preciso del exterminio y una manifestación de no ayuda a una persona en peligro alejada bien en el tiempo, bien en el espacio.

No se matan las leyendas oponiéndoles recuerdos, sino confron-

tándolas, si es posible, con el inconcebible presente en el que tuvieron su origen, y el único modo de conseguir esto es precisamente resucitar el pasado como presente, restituirlo en una actualidad intemporal. Hoy día el Holocausto es legendario en muchos aspectos y se equipara en sus dimensiones a un relato mítico: saber del no saber, confuso, vago y estereotipado. Y, como sucede con todos los mitos, cada vez son más numerosos los librepensadores que se preguntan si, después de todo, eso llegó a existir. Si hoy día se pueden escribir títulos como *El mito de los seis millones* o *La mentira de Auschwitz* es porque toda la realidad del Holocausto se disuelve a la vez en la evanescente lejanía y la pregnancia estereotipada del mito sin haber sido realmente transmitida. Y lo propio del mito, saber del no saber, no saber de un saber, es el poder ser acomodado a todos los modos, no resistirse a ningún intento de distorsión y, una vez conseguida ésta, no plegarse a los esfuerzos por restablecer la realidad, ser más testarudo que los hechos. ¡Qué insulsos, qué poco peso parecen tener entonces, frente a las imprecisiones y la rigidez del mito, los *recuerdos* de los supervivientes!

El peor crimen, al tiempo moral y artístico, que puede cometerse cuando se trata de realizar una obra dedicada al Holocausto es considerar éste como *pasado*. El Holocausto es o bien leyenda, o bien presente, en modo alguno pertenece al recuerdo. Una película consagrada al Holocausto no puede ser más que un contramito, es decir, una investigación sobre el presente del Holocausto, o al menos sobre un pasado cuyas cicatrices siguen estando tan vivamente inscritas en los lugares y las consciencias que elige ver en una alucinante intemporalidad.

PREFACIO A «TRES AÑOS EN UNA CÁMARA  
DE GAS DE AUSCHWITZ» DE FILIP MÜLLER

**E**N PRIMER LUGAR, EL libro de Filip Müller es único porque jamás habría debido existir. Miembro del comando especial (*Sonderkommando*) de Auschwitz, y como tal testigo directo durante casi tres años del aniquilamiento del pueblo judío de Europa, Filip Müller estaba él mismo condenado a muerte. La norma requería que los comandos especiales formados en cada uno de los campos de exterminio fueran liquidados periódicamente para que no quedara ningún rastro: ni el de las víctimas incineradas en los hornos de alta presión de los crematorios o en las piras al aire libre que en los momentos álgidos llameaban día y noche hasta el cielo, ni el de los jóvenes judíos cuya atroz tarea era reducir a cenizas los cuerpos recién gaseados de sus parientes más cercanos, junto con los de todos los hombres, mujeres y niños de su pueblo, cenizas que seguidamente deshacían en las aguas del Vístula, el Sola, el Bug o el Ner. Pero para que un libro como este consiga existir no basta que Filip Müller escapara de milagro a las cinco liquidaciones organizadas del comando espacial de Auschwitz, a todas las caprichosas liquidaciones que, con el paso de los años, diezmaron a sus camaradas, como tampoco que los guardias SS lo expulsaran de la cámara de gas donde se había escondido para morir con los suyos. Ni siquiera la supervivencia misma de Filip Müller aseguraba que escribiera un día para contarnos lo que había visto y vivido: una experiencia difícilmente transmisible. Los supervivientes de los comandos especiales que viven hoy día son apenas un puñado, dispersos por el mundo: sé, por haberlos conocido a casi todos, que se han parapetado tras un inquebrantable silencio y que, cuando uno se empeña en arrancarles algunos fragmentos